

# Historia de un computador

Fue comprado el 15 de marzo del año 2000, en cuatrocientos ochenta mil pesos, pagaderos en doce cheques que Max llenó con impaciencia, como si obedeciera a un impulso y no a una decisión responsable. Trató de acomodar las cajas en el maletero de un taxi, pero no había espacio suficiente, por lo que hubo que usar pitillas y hasta un aparatoso pulpo para asegurar la carga. Vivía en el centro de Santiago, a diez cuadras de la multitienda, en un departamento oscuro y estrecho de dos ambientes. Arrinconó como pudo la pesada CPU bajo la mesa del comedor y tendió los cables de forma más o menos armónica. Desde entonces el teclado, el monitor, el mouse y los parlantes compartieron mesa con peligrosas tazas de café y ceniceros vaciados sólo de tarde en tarde.

Al comienzo Max ocupaba únicamente el procesador de texto y la verdad es que no demasiado: ni siquiera llenaba los renglones, pues escribía breves líneas que él llamaba versos libres. Los versos libres crecían de dos en dos, aunque era frecuente que Max los borrara y comenzara de nuevo. Se valía, simultáneamente, de un cuaderno y de una pluma que al primer descuido regó de tinta el sector inferior derecho del teclado. Además de esa mancha, el teclado debió soportar una persistente lluvia de cenizas. Max casi nunca alcanzaba el plato que usaba para fumar, y fumaba mucho mientras escribía, o más bien escribía poco mientras fumaba mucho, pues su velocidad como fumador era notablemente mayor que su velocidad como escritor. Años más tarde la acumulación de mugre causaría la pérdida de la vocal a y de la consonante t, lo que naturalmente condujo, tras varios días de caos, al reemplazo del teclado. Pero eso sucedió después, y lo mejor será respetar, de ahora en adelante, la secuencia de los hechos.

La llegada del invierno aumentó considerablemente el uso del computador. Incluso a veces, a falta de una estufa, Max evadía el frío acariciando, de rodillas, la CPU, cuyo leve rugido muy pronto constituyó un sonido hogareño, que tendía a encontrarse y a confundirse con la ronquera del

refrigerador y con las voces y bocinas que llegaban desde afuera. Max ya no usaba solamente el procesador de texto: con torpeza y constancia había descubierto programas muy sencillos que permitían resultados para él asombrosos, como la grabación de voces—mediante un escuálido micrófono que, en un comienzo, había desatendido— o la programación de rebuscadas sesiones de música. Seguía, en todo caso, con las líneas a medias de sus poemas, que nunca imprimía, tal vez porque nunca los consideraba terminados.

Las pocas mujeres que durante esos meses visitaron el departamento se iban antes del amanecer, sin siquiera ducharse o tomar desayuno y en general no regresaban. Pero de pronto hubo una que sí se quedó a dormir y luego también a desayunar. Llamémosla Claudia. Una mañana, al salir de la ducha, Claudia se detuvo ante la pantalla apagada, buscando arrugas incipientes u otras marcas o manchas esquivas. Era bella, sin duda: la cara morena, los labios ni delgados ni muy gruesos, el cuello fino, los ojos verdes y oscuros. El pelo le llegaba hasta los hombros mojados: las puntas parecían numerosos alfileres clavados en los huesos. Su cuerpo cabía dos o tres veces en una toalla inmensa que ella misma había llevado a casa de Max. Semanas más tarde Claudia llevó también un espejo para el baño, pero igualmente conservó la costumbre de mirarse en la pantalla, a pesar de lo difícil que era encontrar, en el reflejo, información suficiente.

Después de tirar toda la mañana, Max solía quedarse dormido. A Claudia le costaba dormir con luz de día, de manera que iba al computador y jugaba veloces solitarios o cautelosos buscaminas o partidas de ajedrez en nivel intermedio. Ya casi al anochecer él despertaba y se quedaba a su lado, aconsejando la jugada siguiente o simplemente acariciando el pelo y la espalda de la jugadora desnuda. Con la mano derecha Claudia atenazaba el mouse, pero dejaba caer una sonrisa que autorizaba, que pedía más caricias. Tal vez jugaba mejor cuando él la acompañaba. Al terminar la partida se sentaba encima de Max para empezar un polvo lento y largo. Las extrañas luces del protector de pantalla dibujaban líneas inconstantes en los hombros, en la espalda, en las nalgas y en los casi perfectos muslos de Claudia.

A veces hacían sitio en la mesa para tomar, decía ella, un desayuno como la gente. El teclado y el monitor pasaban al suelo, expuestos a los pisotones y al impacto de minúsculos restos de pan, pero sumando y restando la presencia de Claudia favorecía al computador: no era ella una maniática del aseo, pero cada tanto lo limpiaba con líquido para vidrios y paños de cocina. El comportamiento de la máquina era, por cierto, ejemplar. No le exigían mucho, ni siquiera se conectaban a internet, pero hay computadores que fallan a la menor provocación. Durante ese tiempo la verdad es que Windows siempre se inició correctamente.

El 30 de diciembre de 2001, a casi dos años de su adquisición, el computador fue embalado y trasladado a un departamento un poco más grande en la comuna de Ñuñoa. El entorno era ahora bastante más decoroso, pues le asignaron una habitación individual y habilitaron un escritorio gracias a una antigua puerta y dos caballetes medio cojos pero eficaces. Fue aquella, si cabe la expresión, una época dorada, en especial por el renovado interés de Claudia, que de los solitarios y las interminables partidas de ajedrez pasó a actividades más sofisticadas. Conectó una cámara digital, por ejemplo, que contenía decenas de fotos de un viaje reciente. En esas imágenes Claudia posaba con el mar de fondo o en el interior de una habitación de madera. Un sombrero mexicano y un inmenso crucifijo caían contra la única almohada de una cama sin respaldo, muy estrecha, flanqueada por dos veladores atiborrados de botellas de cerveza y conchas que cumplían la función de ceniceros. Claudia aparecía seria o conteniendo apenas la risa, con escasa o ninguna ropa, fumando hierba, bebiendo, tapándose los pechos o enseñándolos con tímida malicia. Había también algunas fotos que mostraban únicamente el roquerío o el oleaje o el sol apagándose en el horizonte, como si el fotógrafo hubiera intentado postales en vez de recuerdos. Sólo en dos fotos aparecía Max. Sólo en una salían ambos, abrazados, sonriendo con el típico fondo de un restaurante costero.

Pasó días ordenando esas imágenes: renombraba los archivos con frases tal vez demasiado largas, que solían terminar en signos de exclamación o puntos suspensivos, y enseguida las agrupaba en varias carpetas, como si correspondieran a viajes distintos.

Ahora Max y Claudia vivían juntos, pero no siempre coincidían: él trabajaba de noche y ella vendía seguros y también estudiaba una especie de postítulo o posgrado o diplomado o quizás el último año de alguna eterna licenciatura. Volvía a casa cuando Max se disponía a partir y el poco tiempo en común lo destinaban a tirar, aunque a veces solamente reían frente a las tazas de café. Antes de acostarse Claudia lo llamaba al trabajo y hablaban largo, pues al parecer el trabajo de Max consistía, justamente, en hablar por teléfono, o en esperar urgentes y remotas llamadas telefónicas que nunca llegaban. Tu verdadero trabajo es hablar por teléfono conmigo, le dijo

Claudia una noche, con el auricular apenas equilibrado en el hombro derecho. Luego rió con una especie de resuello, como si quisiera toser y la tos no saliera o se entrelazara con la risa.

Al igual que Max, ella prefería escribir a mano y traspasar más tarde sus trabajos al computador. Eran documentos largos, con frecuentes errores de transcripción y tipografías femeninas o juveniles. Los documentos abarcaban temas diversos relacionados con gestión cultural o políticas públicas o bosques nativos o algo así. Se le hizo necesario investigar por internet, y ése fue el gran cambio de aquel tiempo, primero a través del teléfono y pronto, para liberar la línea y permitir las a menudo atosigantes llamadas de Max, mediante una conexión exclusiva. Hasta ahí ninguno de los dos se había familiarizado con el email, al que inmediatamente se hicieron adictos. Max también contrajo la adicción a la pornografía, lo que provocó algunas discusiones que terminaban en polvos furiosos y muy buenos, tal vez inspirados en las escenas que él presenciaba al llegar del trabajo, especialmente cuando Claudia no podía esperarlo. Rápidamente Max descubrió estrategias para evitar, en la medida de lo posible, registrarse



en los sitios, pero a veces olvidaba borrar el historial, que Claudia revisaba religiosamente, aunque sería excesivo atribuir mayor importancia a las discusiones sobre pornografía, que al fin y al cabo conducían a esos polvos inolvidables que Claudia enfrentaba con desenfado, acaso imitando a las estrellas cuyas proezas ella también, de vez en cuando, sintonizaba.

Fue por entonces cuando perdieron la vocal a y la consonante t. Ingenuamente creyeron que el nuevo teclado –más moderno y sensible– solucionaría las dificultades que desde hacía un tiempo anunciaban un descalabro mayor. La tragedia ocurrió un lluvioso sábado que pasaron reparando o intentando reparar, con más voluntad que método, el sistema. El domingo Max prefirió llamar a un amigo que estudiaba ingeniería: al finalizar la tarde dos botellas de pisco y cinco latas de coca cola dominaban el escritorio, pero todavía nadie estaba borracho, más bien parecían frustrados por la difícil

reparación, que el amigo de Max atribuía a algo muy raro, algo nunca antes visto. Quizás sí estaban borrachos, en realidad, o al menos lo estaba el amigo de Max, porque de pronto, en una desgraciada maniobra, borró el disco. Perdieron todo, pero desde ahora funcionará mejor, dijo el hombre como si nada, con una frialdad y una valentía dignas de un médico que acaba de amputar una pierna. Fue culpa tuya, saco de huevas, le respondió Claudia, como si en efecto le hubieran cortado, por pura negligencia, una pierna o tal vez las dos. Max guardó silencio y la abrazó paternalmente. El amigo dio un último y larguísimo sorbo a su piscola y se fue.

A Claudia le costó asimilar la pérdida, pero consiguió a un técnico de verdad, que cambió el sistema operativo y creó perfiles diferenciados para ella y para Max, e incluso una cuenta simbólica, a petición de Claudia, para Sebastián, el postergado hijo de Max. Sebastián vivía en Temuco y Claudia no lo conocía. El propio Max no veía al niño desde hacía dos años y no siempre cumplía con la pensión alimenticia. La remota existencia de Sebastián era, naturalmente, el punto negro o el punto ciego de la relación de Claudia y Max. Era mejor no tocar el tema, que igualmente surgía de vez en cuando, y causaba culpa y una autocompasión a la que más temprano que tarde Claudia prefería sumarse.

Entretanto los padres de Claudia les prestaron dinero para comprar una asombrosa multifuncional que imprimía, escaneaba y hasta sacaba fotocopias. Con renovada pasión, Claudia se abocó a digitalizar extensos álbumes familiares, en sesiones bastante tediosas pero para ella divertidísimas, pues más que registrar el pasado se proponía modificarlo: distorsionaba los rostros de parientes antipáticos, borraba a algunos personajes secundarios e incluía a otros inverosímiles convidados, en montajes no muy buenos pero capaces de arrancar las risas de sus primas, que recibían los archivos por email, y las carcajadas de sus padres, a quienes Claudia llevaba, en plan de travesura, impresiones bastante aceptables.

Así pasó un año entero.

Ahora Max tenía turnos de mañana, por lo que en teoría estaban más tiempo juntos, pero buena parte de ese tiempo lo perdían disputándose el computador. Él reclamaba que ya no podía escribir cuando le venía la inspiración, lo que era falso, porque para sus perpetuos borradores de poemas seguía usando los viejos cuadernos. Había adoptado la costumbre, en cambio, de escribir largos emails a gente a la que no veía desde hacía años y ahora extrañaba mucho. Algunas de esas personas vivían cerca o no demasiado lejos y Max también tenía sus números de teléfono, pero prefería escribirles cartas —eran cartas más que emails, porque él aún no comprendía el género: escribía mensajes largos que sus destinatarios rara vez contestaban. Les daba pereza igualar el estilo o la gravedad de las cartas de Max.

Llegó el verano y también llegó Sebastián, tras meses de delicadas gestiones. Fueron ambos a buscarlo a Temuco, en

pesados viajes en bus que gracias a ella resultaron llevaderos. El niño tenía ya siete años y hablaba poco, en especial si quien le dirigía la palabra era su padre. De los intensos paseos al centro, al zoológico y a Fantasilandia, derivaron a las calurosas tardes puertas adentro, en que Seba aprovechaba su perfil de usuario para estar en Messenger sin restricciones. Demostró, de paso, sus sorprendentes conocimientos sobre computadores: con precisión y algo de tedio los orientó en la elección de un nuevo antivirus y hasta les advirtió sobre la necesidad de desfragmentar el disco periódicamente.

Claudia y Sebastián se hicieron, por así decirlo, amigos. A ella le parecía un niño inteligente y solitario, un niño valioso, decía. Él opinaba solamente que Claudia era linda. Fueron, de nuevo juntos, a devolverlo a Temuco, y el viaje fue alegre y hubo promesas de reencuentro y regalos y risas. Pero el trayecto de vuelta fue sombrío y agotador.

La vida entró en el marasmo que a su manera ambos intuían. Quizás molesto por las forzadas conclusiones que Claudia deslizaba sobre la relación con Sebastián (“lo recuperaste pero ahora debes conservarlo”, “volverás a perderlo si no cuidas el vínculo”) o tal vez simplemente aburrido de ella, Max empezó a faltar a las obligaciones mínimas. No disimulaba su molestia pero tampoco explicaba su estado de ánimo. Las continuas preguntas de Claudia las respondía ahora con desgano o con duros monosílabos.

Una noche llegó borracho y se durmió sin siquiera saludarla. Ella no sabía qué hacer. No entendía. Fue a la cama, lo abrazó. Intentó dormir a su lado, pero no pudo.

Prendió el computador y en un impulso decisivo eligió el perfil de Max. Probó, sin éxito, una clave: *max*. Usó mayúsculas, usó minúsculas, y nada. Su segundo intento fue con el nombre *charles* y el apellido *baudelaire*, que era el poeta preferido de Max, y más tarde probó con *tindersticks* y con *los prisioneros*, que eran los grupos musicales favoritos de Max, y después con *laetitia casta* y con *mónica bellucci*, y luego con *maribuana*, que era la droga o más bien el ansiolítico preferido por ambos. No nos queda marihuana, pensó, a propósito, y ya no fumo tabaco, pero ahora voy a fumar, ahora voy a fumar mucho, dijo Claudia en voz alta, casi gritando, como si pretendiera despertar a Max.

Fumó con ansiedad un cigarro, cinco cigarros de Max. Sentía una angustia nueva, que crecía y decrecía a un ritmo impreciso. Pensó demasiado la jugada obvia y al fin acertó: escribió *claudia* y el sistema respondió al instante. Tampoco fue difícil adivinar la contraseña del correo, que entrelazaba absurdamente sus nombres. Agradeció y también maldijo el comportamiento previsible de Max: no quería leer, pero ya estaba ahí, ante el temido registro de mensajes enviados.

Siguió fumando y hasta descorchó un vino antes de revisar, con culposos rigores, el correo de Max. Sabía que ya no habría vuelta atrás. Sabía que leería cada mensaje. Sabía que leería hasta encontrar lo que andaba buscando.

Se fue a dormir de madrugada, ebria de vino y de rabia. Despertó a mediatarde: con poca energía caminó hasta el computador—hasta la pieza de al lado, pero a ella le pareció que había todo un camino, que debía sortear varios obstáculos para llegar a esa pieza— y en lugar de encenderlo contempló el resplandor del sol en la pantalla. Cerró las persianas, miró el reflejo hasta dar con los bordes de su cuerpo, y soltó lágrimas largas que bajaban hasta el cuello y se perdían por el surco entre sus pechos. Se quitó el sostén, miró sus pezones inquietos, el vientre parejo y suave, las rodillas, los dedos fijos en el suelo helado. Con el sostén enjuagó las lágrimas y lo restregó lentamente contra la pantalla. Pacientemente. Limpió muy bien la superficie.

Al día siguiente se marchó y sólo volvió el domingo para recoger su ropa y la multifuncional.

Como activando un misterioso mecanismo de protesta, el computador volvió a fallar. Voy a regalarlo, no me importa lo que haya dentro, le dijo Max a su amigo ingeniero, que le ofreció comprarlo por una cifra ridícula. Por último regálamelo a mí, huevón, agregó, sacando cuentas alegres. Ni cagando, respondió Max. El amigo reformateó de malas ganas el disco duro.

El viernes por la noche partió rumbo a Temuco. Tuvo que pagar el asiento contiguo para transportar el computador, que viajaba en ventana y Max en pasillo. No pudo dormir, no pudo leer, no pudo escribir durante el viaje. Las luces de la carretera se quedaban en su rostro, como llamándolo, como invitándolo, como culpándolo de algo, de todo.

La maleta del taxi esta vez era adecuada, pero Max no se orientaba en Temuco y no había anotado la dirección. Deambularon largo rato hasta dar con un camino que creía recordar. Llegó a las diez de la mañana, en calidad de zombie. Al verlo Sebastián le preguntó, de inmediato, por Claudia, como si la sorpresa no fuera la insólita presencia de su padre sino la ausencia de la novia de su padre. No pudo venir, respondió Max, ensayando los preparativos para un abrazo que no sabía cómo dar. ¿Terminaron? No, no terminamos. No pudo venir, eso es todo. La gente grande trabaja, ¿sabes?

El niño agradeció el regalo con énfasis, con genuina cortesía. La madre de Sebastián recibió a Max amablemente y le dijo que podía quedarse en el sofá. Pero no quería quedarse. Probó un poco del amargo mate que la mujer le ofrecía y partió a la estación para alcanzar el bus de las doce y treinta. Estoy muy ocupado, tengo mucho trabajo, dijo antes de subir al mismo taxi que lo había traído. Revolvió el pelo de Sebastián con falsa familiaridad y le dio un beso.

Una vez solo, Sebastián instaló el computador y comprobó lo que ya sospechaba: que era notablemente inferior, desde todo punto de vista, al que ya tenía. Se rieron mucho con el marido de su madre, después del almuerzo. Luego ambos hicieron espacio en el sótano para guardar el computador, que sigue ahí desde hace años, a la espera, como se dice, de tiempos mejores. —

BOLETOS A LA VENTA

# La Bohème

de Giacomo Puccini

llega al

## AUDITORIO NACIONAL

con el TEATRO MUNICIPAL DE SANTIAGO DE CHILE



### ABRIL 16, 17, 18 y 19

Precios desde \$200 hasta \$950

[www.auditorio.com.mx](http://www.auditorio.com.mx)



CONACULTA



Reportaje [ticketmaster.com.mx](http://ticketmaster.com.mx)

© 2013 CONACULTA. Todos los derechos reservados. AGA 13-000000-0000